



Jueves Santo 2010

Jesús celebra por última vez en Jerusalén la gran fiesta de la pascua de su pueblo, el pequeño pueblo amado y elegido de Dios. Por esta fiesta pascual se vincula a la historia de Israel liberado de Egipto y conducido a través del Mar Rojo por el desierto hasta el monte de la Alianza. En su última cena pascual, Jesús instituye la eucaristía como memorial de su propia pascua, nueva y definitiva.

Jesús, ungido por el Espíritu de Dios, ha recorrido los caminos de Galilea y Judea para darnos a conocer al Padre e invitarnos a acoger su Reino. Ha sido acreditado por el testimonio del Padre como su Hijo único y ha venido a Jerusalén a culminar su misión con la vuelta al Padre. Así lo dice Jesús mismo en el Evangelio de Juan: *“Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo para volver al Padre”* (Jn 16, 28). Y no vuelve al Padre él solo; va a prepararnos un lugar para que donde él va a estar, estemos también con él sus discípulos (Jn 14, 1-3). Este acceso abierto hacia al Padre es la nueva Pascua que Jesús instaura para quienes hemos sido amados por él hasta el extremo, según el testimonio de Juan: *“Antes de la fiesta de la pascua, Jesús, sabiendo que había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre, y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.”* (Jn 13, 1).

Con estos sentimientos se sentó a la mesa para comer la pascua con sus discípulos. Y en esta cena instauró de forma anticipada su pascua nueva; sustituyó la comida del cordero pascual por la comida de su propia carne entregada a la muerte para el perdón de los pecados. Con su sangre derramada en la cruz selló la alianza nueva y eterna entre Dios y los hombres (Mt 26, 26-30; Mc 14, 22-26; Lc 22, 14-20). Y mandó hacer en su memoria lo que él acababa de hacer, pues, como explica el apóstol Pablo, *“siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que él vuelva”* (1 Cor 11, 26).

Esta pascua de la nueva alianza con Dios la instituye Jesús con su propio sacrificio en la cruz como *“Cordero de Dios”* (Jn 1,36). Jesús es el nuevo cordero pascual *“sin mancha y sin tacha”* (1 Pe, 1,19) que ha sido degollado y con su sangre ha *“adquirido para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y los ha constituido en reino para nuestro Dios y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra”* (Ap 5, 6-13). Así lo testimonia también san Pablo cuando escribe: *“Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado”* (1 Cor 5, 7).

La muerte de Cristo es el **sacrificio de sí mismo como cordero pascual** que quita el pecado del mundo. Y este sacrificio es ofrecido por **Jesús como sumo sacerdote fiel a Dios**, que ha cumplido su voluntad y se ha ofrecido a sí mismo en sacrificio perfecto de una vez para siempre: con su propia sangre nos ha alcanzado la redención eterna y nos



ha consagrado a Dios. Por eso, Cristo es el mediador de la nueva alianza, según explica la carta a los Hebreos. Al dar a sus apóstoles el encargo: **“haced esto en memoria mía”**, los ha constituido continuadores y ministros de su propio sacerdocio para hacer presente a los hombres de todas las generaciones y lugares su único e irrepetible sacrificio pascual para la vida del mundo.

La entrega libre de Jesús a la muerte en la cruz y la eucaristía que la anticipa son un misterio de amor. **La cruz de Jesús es la demostración de su amor** obediente al Padre, según su propia afirmación: *“El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado”* (Jn 14,31). E igualmente de su amor a los hombres *“hasta el extremo”* (Jn 13,1), porque *“nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos”* (Jn 15,13). **Y en la cruz de su Hijo manifiesta también el Padre su amor al mundo** (cf Jn 3,16). En efecto, Dios *“nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”* (1 Jn 4, 10); es decir, *“en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo”* (2 Cor 5, 19).

Quienes hemos recibido en herencia el gran don sacramental de la eucaristía, recibimos con este sacramento la llamada a entrar en la comunión de amor con el Padre y con el Hijo, que nos hace partícipes de su vida divina y miembros de su cuerpo. En consecuencia, recibimos también el mandato del amor fraterno, como el Padre ha amado a Jesús y como Jesús nos ha amado a nosotros. Y este amor es entrega de la propia vida por los hermanos y servicio a los más pobres, según el ejemplo que nos ha dejado Jesús, el Señor, al lavar los pies a sus discípulos.

San Pablo ha escrito en la carta primera a los cristianos de Corinto: *“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no nos hace entrar en comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos hace entrar en comunión con el cuerpo de Cristo? Pues si el pan es uno solo y todos participamos de ese único pan, todos formamos un solo cuerpo.”* (10, 16-17).

“Por eso, explica el apóstol en otro lugar de la misma carta, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, se hace culpable de profanar el cuerpo y la sangre del Señor. Examínese, pues, cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber el cáliz, porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su castigo. Por eso, hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y son bastantes los que mueren. Si nos hiciésemos la debida autocrítica, no seríamos condenados. De cualquier manera, el Señor, al castigarnos, nos corrige para que no seamos condenados junto con el mundo.” (1 Cor 11, 27-32). *“No puedo alabar que vuestras reuniones os perjudiquen en lugar de aprovecharos. En primer lugar, ha llegado a mis oídos que, cuando os reunís en asamblea, hay entre vosotros divisiones... El caso es que, cuando os reunís en asamblea, ya no es para comer la cena del Señor, pues cada cual empieza comiendo su propia cena, y así resulta que, mientras uno pasa hambre, otro se emborracha... ¿En tan poco tenéis la Iglesia de Dios, que no os importa avergonzar a los que no tienen nada? ¿Qué voy a deciros? ¿Esperáis que os felicite? ¡Pues no es como para felicitaros!* (1 Cor 11, 17-22). *“Por tanto, hermanos míos, cuando os reunís para comer la cena del*



Señor, esperaos unos a otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que vuestras reuniones no sean censurables” (1 Cor 11, 33-34).

Se participa indignamente en la eucaristía cuando no se discierne el cuerpo de Cristo y también cuando se avergüenza a los que no tienen nada, pues todos formamos el único Cuerpo de Cristo. El cuerpo de Cristo es uno solo, compuesto de muchos miembros distintos y necesarios. Ningún miembro puede afirmar: “no soy del cuerpo”; ni puede decir a otro o a todos los demás: “No te necesito”, “no os necesito”. *“Los miembros del cuerpo que consideramos más débiles son los más necesarios, y a los que consideramos menos nobles, los rodeamos de especial cuidado.. Dios mismo distribuyó el cuerpo dando mayor honor a lo que era menos noble, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos de los otros. ¿Qué un miembro sufre? Todos los miembros sufren con él. ¿Qué un miembro es agasajado? Todos los miembros comparten su alegría.” (1 Cor 12, 22-26).*

En el cuerpo de Cristo, en la Iglesia, Dios ha asignado a cada uno un puesto (1 Cor 12, 28). *“Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de actividades, pero uno mismo es el Dios que activa todas las cosas en todos. A cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para el bien de todos” (1 Cor 12, 4-7).*

Pero el carisma más valioso en el cuerpo de Cristo es la caridad; no pasa nunca y es el más útil para la comunidad. Porque Dios es amor (1 Jn 4, 8.16) y de Dios procede el amor, que es el camino de vida más propio y característico del cuerpo de Cristo. Por ello, *“os digo, además, a todos y cada uno de vosotros... que no os estiméis más de lo debido, que cada uno se estime en lo justo, conforme al grado de fe que Dios le haya concedido” (Ro 12, 3).* Porque *“formamos un solo cuerpo al quedar unidos a Cristo, y somos miembros los unos de los otros” (Ro 12, 5).* Por ello, *“vivid en armonía unos con otros y no seáis altivos, antes bien poneos al nivel de los sencillos. Y no seáis autosuficientes. A nadie devolváis mal por mal.” (Ro 12, 16-17).* Pues *“el amor es paciente y bondadoso;... todo lo excusa... todo lo aguanta” (1 Cor 13, 4.7).*

Esta práctica del amor en el Cuerpo de Cristo es permanecer en el amor con el que Cristo nos ha amado, como él es amado por el Padre, según el testimonio del evangelio de Juan (Jn 15, 9. 12-13). Este amor es el vínculo de la unidad perfecta, que Jesús imploró al Padre para sus discípulos: *“Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado... y que los amas a ellos como me amas a mí.” (Jn 17, 21.23).* *“Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos.” (Jn 13, 35).*

La unión de los cristianos en el amor acredita ante el mundo la misión de Jesús y nuestra condición de discípulos suyos. La desunión y falta de amor desacredita ante la sociedad a Jesús y a sus discípulos. Ante una responsabilidad tan grande, os invito a orar de corazón, diciendo: **Señor, ¡que todos seamos uno!**



Carlos López Hernández

Y también os invito a la ayuda generosa a los numerosos hijos de Dios que padecen de forma más aguda las consecuencias de la crisis económica en forma de falta de trabajo, dificultades para mantener la vivienda o pérdida de ella, escasez de medios para llevar una vida personal y familiar digna.

En este día de la eucaristía y del amor fraterno recordamos la misión de Cáritas y asumimos el compromiso de colaborar con ella en la atención a los hermanos que padecen necesidad.

Nuestra Eucaristía será hoy un auténtico culto espiritual si la celebramos uniéndonos a Cristo en el ofrecimiento de nuestra vida como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cf Rom 12, 1).